

DOS MUERTES.

ROMA 6 DE ENERO DE 1888.

En esta Roma, donde parece que á la vuelta de tantos siglos aún continúan luchando Cristo y Jove; en esta Roma bifronte como el antiguo Jano, en que se pueden visitar con pocos minutos de intervalo los salones testigos de las orgías imperiales y las Catacumbas, rellenas de huesos de confesores de la fe; en esta ciudad de los grandes contrastes históricos, quizás no se presente ninguno tan marcado como el que ayer me ofreció la casualidad, enlazando mi excursión á la Vía Apia con mi visita al cementerio de los Capuchinos.

Lánzase la Vía Apia al través de la campiña romana, cuya planicie severa, comparable á vasto mar de ondas petrificadas por repentino cataclismo geológico, limita á la izquierda rota serie de majestuosos acueductos, aéreo canal que traía al pueblo rey

aguas delgadas, puras y exquisitas. Cuando ni una arcada de estos acueductos había desmoronado el tiempo ó la injuria bárbara; cuando lucían para Roma los días claros de la república y del imperio naciente, á uno y otro lado de la bien embaldosada vía, que circundaba la vega poblada de jardines, villas, nínfeos fresquísimos y nemosos, deleitables retiros que desafiaban el ardor canicular, bosquetes sagrados y huertos feraces, alzábase doble hilera de ricos monumentos construídos y adornados con todos los primores de la arquitectura y la escultura que Grecia inspiró al Lacio.

Hecha la armazón de ladrillo fino y selecto, y de ese tufo y ese barro volcánico que poseen la intensidad de colorido de las piedras preciosas, los visten por fuera labrados mármoles, diáfano alabastro, bruñido pórfido, y realzan la fachada bajos relieves, cornisas y grecas que son maravillas de ornamentación. Entre ellas se destacan de símbolos y alegorías; ya las ondas de la Estigia laguna, ya la antorcha vuelta con la llama hacia abajo, ya la faz de Medusa cenuda y bella, con su crespada aureola de víboras, ya guirnaldas de flores engalanando el testuz del buey destinado al sacrificio.

Coronan y rematan el monumento estatuas airosamente envueltas en los nobles paños que sólo el clásico cincel supo plegar; y si penetramos en el recinto, el pavimento está cubierto de mosaíco, los muros pintados al fresco, dorados, pulimentados con el encáustico más liso; y en las paredes, que reciben el gracioso nombre de palomar (columbarium), se abren, alternando con las hornacinas de las estatuas, otros huecos donde están incrustadas ánforas de gallarda forma, de cerámica finísima. ¿A qué objeto se destinan estos primores de arquitectura? ¿Son casinos, son palacios en miniatura, son voluptuosos retretes donde el ciudadano de Roma se retira á leer con sosiego, en las tardes estivales, las odas del Venusino que cantan la brevedad de la vida y aconsejan coger la rosa antes de que la marchite el cierzo ó la deshoje el ábrego?

Esto deben de ser, porque las familias patricias y senatoriales vienen aquí de paseo, al tiempo que la campiña florece y los días son largos y apacibles, y dentro del monumento primoroso reciben á sus amigos, y pasan las horas conversando, refrescando, en grato solaz... Mas no: ¡los monumentos de la Vía Apia son sepulcros! Aquí

es donde las familias ilustres de Roma conservan las cenizas de sus muertos, y esa vasija delicada, propia para encerrar esencias en el tocador de una matrona, es el lacrimatorio, la urna que guarda el dolor pagano, bella, serena, artística como él. He ahí la muerte antigua, la muerte clásica, la muerte coronada de flores, el regreso al seno de la naturaleza madre.

Pero dejemos la Vía Apia y su despejado horizonte campesino y sus tumbas de mármol, hoy destrozadas, y penetremos en el corazón de la Roma sellada por el catolicismo. Subamos la escalinata de los Capuchinos—*Santa Maria della Concezione*,—iglesia edificada por el fraile cardenal Barberini, hermano del papa Urbano VIII, á principios de aquel siglo xvii, en cuyas postimerías el fervor religioso se contagió con el mal gusto de la época, adquiriendo algo de grotesco y teatral á la vez. Son los capuchinos ramificación de la Orden franciscana; pero el dulce espíritu que embalsama las *Floreccillas*, el calor humano, el alto sentido social y político que ostentaron en Italia los Menores, revistió en los capuchinos un tinte ascético y sombrío, una exaltación ideal que les hizo prendarse de la muerte como

de una esposa amada, y convertir la tumba en puente para comunicarse con el cielo.

La nada fué su gran maestra; el cadáver, su mejor lección de filosofía; la fetidez y la podredumbre, reflejos de la gloria. Morir habemos: éste es el resumen de toda sabiduría, la última palabra de la realidad, la verdad suprema; meditémosla y lleguemos á la única aspiración digna del alma: el desprecio absoluto de las cosas terrenales; la esperanza de otra vida más seria, más hermosa. Uno de los bienaventurados de la Orden seráfica, gran poeta y ardiente demagogo, si así puede decirse, de la fe, Jacopone de Todi, colgaba en su celda un pedazo de carne corrompida para aprender á desdeñar la gula y el deleite. La escuela de la muerte natural, el gusano que se convierte en perla al tocarle manos santas, el Lázaro que ha de resucitar al oír la voz redentora, eso es el cementerio subterráneo de los Capuchinos.

Cuando sobre el despojo mortal cae la tierra y lo cubre, la fantasía puede representarse el horror de la descomposición; pero mejor es verlo, tenerlo delante siempre. La tierra es un velo que oculta el misterio, y el capuchino lo rasga, arranca los

girones y obliga á la muerte á presentarse en toda su lúgubre fealdad, á la nada y á la miseria del hombre á aparecer tal cual son, en su triste y macabro realismo. El cardenal capuchino fundador de la Iglesia hizo escribir sobre su sepulcro: *Hic jacet pulvis, cinis et nihil*: no bastaba escribirlo; convenía verlo y tocarlo, ponerlo de manifiesto, hacerlo entrar por los mismos sentidos instigadores de la culpa, por los ojos sedientos de gozarse en la riqueza del color y la armonía de la forma, por los dedos ávidos de palpar los contornos divinos donde late la hermosura. ¿De qué manera lograrlo? ¿Cómo evocar á la muerte para que se presente desnuda, clara, trágica? ¿Cómo abrir la huesa y prestar á los difuntos voz con que avisen á los vivos?

Los esqueletos de los frailes difuntos no querían enmudecer: animábalos tan extraño espíritu y de vida tan sobrenatural, que al decir la misa San Felipe Neri, contestaban en coro *Deo gratias*. A esos huesos, libro en que debe leer el capuchino observante, les pide que salgan de la fosa para darle ejemplo, y los huesos surgen del seno de la tierra. Algunos salen reducidos á polvo: en otros la armazón está bien conser-

vada, blanca y firme; y ciertos cadáveres, sea porque el terreno tiene propiedad de momificarlos, ó porque ya la vida penitente los había curtido y vuelto cecina, aparecen amojamados y enteros, con la piel desecada, pero conservando todavía la expresión, la barba, los dientes, la humana forma.

Estos cadáveres, vestidos con su polvorienta mortaja, asiendo la negra cruz de madera y el grueso rosario en las descarnadas falanjes, tendidos unos, y otros en pie, colocados en hornacinas excavadas en el muro del subterráneo, son las estatuas que el capuchino contempla: las cuencas vacías de la calavera representan para él las pupilas serenas y sublimes del Apolo de Belvedere; el sayal rígido, endurecido al contacto de la húmeda fosa, los paños esculpidos por diestro cincel. Y no contento con mirar la carcomida momia, despiértase en el fraile el instinto artístico, ley á la cual pagan tributo el pastor cuando talla la madera con su tosca navaja, el acosado cristiano cuando traza aprisa el fresco de las Catacumbas; y empleando, en vez de marfil, jaspe ó pórfido, huesos humanos, se entretiene en decorar del modo más curioso y

extraño, con una elegancia mortuoria de que no es posible formarse idea no habiéndola visto, las paredes del subterráneo cementerio.

Grecas de vértebras adornan las cornisas de omoplatos y sacro-iliacos; esbeltas pilas-tras de tibias rematan en capiteles de rótulas; todo el testero de una pared está revestido de inmenso mosaico de cráneos lisos y relucientes, y una franja de húmeros sostiene un reloj de arena hecho con menudos huesecillos de falanjes, mientras del techo cuelgan lámparas caprichosas entretejidas con tibias y peronés. Los arabescos más complicados, los adornos más fantásticos festonean la pared y la bóveda, sin que ninguna porción del esqueleto humano deje de aprovecharse para esta extravagante decoración, y sin quedar descubierto ni un pequeño trozo de pared en las cinco ó seis salas de que consta el cementerio.

Hay que ver este espectáculo á la luz de un farolillo puesto en tierra, cuando las sombras de los momificados frailes se proyectan y se agigantan sobre la bóveda como espectros, y la indecisa claridad les presta una apariencia de vida sobrenatural, macabra, fúnebre, acentuando la risa sardó-

nica de sus bocas sin labios, y la pavorosa energía con que aferran el crucifijo negro. A esa luz rojiza, medrosa, es como hay que leer el soneto colgado en la pared y escrito en un cartelón, que traduzco:

«Esta figura despojada de todo adorno que estás mirando, oh pasajero, fué tanto como tú, cuando vivía. Acaso el alma que la informaba esté expiando sus pecados en el Purgatorio: dile un responso, oye una misa por ella, para que llegue pronto á la orilla deseada. Y mira bien no te pese el que yo haya sido en otro tiempo lo que eres tú ahora; piensa que algún día serás lo que soy: secunda los designios del que te ha creado, y si quieres merecer piedad, tenla de los demás mientras vives.»

Un capuchino típico, anciano, con lengua y enmarañada barba, cabeza de fraile del Españolito, me enseñaba el cementerio. Era su sonrisa complaciente é infantil; explicaba los más mínimos detalles, y se deleitaba en suponer cómo saltarían aquellos huesos cuando el día del Juicio final resucitasen vestidos de carne al son de la trompeta. Las pavorosas y feas momias, desfiguradas, horrendas, cuyas almas, para colmo de susto, estaban quizás ardiendo en

el fuego del Purgatorio, eran para el capuchino espectáculo amable: ni alteraba su plácida fisonomía la idea de que él—un viejo—no tardaría en encontrarse así, envuelto en húmeda mortaja, las manos en cruz, las órbitas vacías, la boca llena de polvo..

Recordé los elegantes sepulcros de la Vía Apia ante esta concepción ultra-cristiana de la muerte. Dos sociedades, dos civilizaciones, dos creencias que entienden de modo tan opuesto el misterio del *más allá*, no podían convivir ni un instante. Tenían que luchar sin tregua hasta que una de ellas desapareciese de la faz del orbe.

UNA AUDIENCIA Y UNA GRILLA.

ROMA 7 DE ENERO DE 1888.

Por fin han logrado los asendereadísimos romeros españoles lo que tanto deseaban: ver al Papa de cerca, sentir la caricia de su ebúrnea mano sobre la cabeza y el rostro. Este apetecido momento se obtuvo á costa de muchos empujones y fatigas, y de interminable espera en una Logia de Rafeel, tan bien pintada de techo como desamueblada de sillas y bancos, por lo cual fué preciso estarse en pie, sin otro entretenimiento que enseñarse mutuamente la carga de rosarios, medallas y efigies que todos llevaban para la bendición. Asaz malhumorados y en demasía impacientes y gruñones, esperaban mis compatriotas, renegando del marqués de la Vega de Armijo, enviado extraordinario de la Regente, con el cual debía hallarse conversando á la sazón el Pontífice, si no mentían las crónicas. Y como

todo el que nace en tierra de España lleva en el alma un fermento democrático endiablado, sea cualquiera la comunión política en que milite, la cohorte de romeros estaba especialmente volada y nerviosa porque la prolongada antesala la ocasionaba un personaje con títulos, cruces y preeminencias de embajador.

—Así que veamos al Papa—dije á algunos de los que más se quejaban del cansancio,—ni nos acordaremos de la molestia que pasamos ahora. Nos va á suceder lo que al enamorado cuando su novia le da plantón, que le dura la rabieta lo que tarda ella en presentarse.

Y fué como yo lo pensaba. Apenas se agitó la cortina roja indicando que iba á entrar á la presencia de Su Santidad el primer grupo de romeros, una aspiración de júbilo dilató los pulmones, serenáronse los rostros, y los romeros más cercanos á la puerta prorrumpieron en vivas y aclamaciones frenéticas.

Yo entré en el tercer grupo, y me quedé al extremo de la Logia. Monseñor Isbert, auditor de la Rota, llamándome por mi nombre, me hizo colocarme á la cabeza; así es que cuando salió el Papa de detrás

del cortinaje purpúreo, repentinamente, le ví al lado de Ortega Munilla y al mío. Y breves momentos después sentí un halago tierno, cariñoso, conmovedor, una caricia de abuelo y de santo, una mano pura, suavísima, que se apoyaba en mi cabeza, en mi frente, y ví como en un relámpago la expresiva cara de León XIII, que se inclinaba hacia mí articulando palabras de bendición.

—¡San Francisco de Asís!—me decía.— ¡El mayor santo después de Cristo! Has escrito de él... Sigue escribiendo, escribe siempre, hija querida (*cara figlia*). Valor, valor... ¡Sigue escribiendo!

Apenas pude balbucir unas frases de gratitud. La mano del Papa me ceñía las sienes con dulce violencia: le tomé la otra, que llevaba medio vestida con blanco mitón de lana, y se la cubrí de besos. El corazón se me deshacía de ternura. Y para que todo el mundo la compartiera, voy á tratar de explicar cómo es León XIII.

Más que un organismo humano, parece su cuerpo un pretexto para que esté un alma en el mundo. Háblase mucho en las leyendas y poemas indios de ciertos sabios ascetas que empiezan por no alimentarse

sino de manjares puros, de leche de las vacas sagradas, ofrecida en oblación, y de miel de abejas; luego ni aun ese sustento material admiten, y se nutren sólo del aire balsámico de la selva; más tarde, de ayunos y oraciones, y por último llegan, á fuerza de maceraciones y penitencias, á adquirir santidad tan prodigiosa, que la armonía de la creación se les revela, y su substancia mortal se identifica con la increada y eterna de Brahma, Siva y Visnú: consagran cuanto tocan, y el universo entero, en una aspiración de amor, se abisma en su alma contempladora y profunda. Pues este sublime mito ariano parece que se ve realizado en la persona del Pontífice. Las líneas etéreas de su cuerpo y rostro; la transparencia de su tez, semejante á vaso de alabastro con una luz puesta dentro; la blancura argentina de sus canas; su cándida veste; su andar ligero, que apenas se apoya en el piso; todo le da aspecto de sér celestial, ya exento de las imposiciones de la materia y de las groseras funciones biológicas. Ni carne ni sangre: espíritu no más en este hombre.

Dicen que León XIII escribe hermosos versos latinos: así será, y no he de regatear-

le al anciano dulcísimo su puesto en el Parnaso; pero imagino que debemos recordar aquí la rima de Becquer:—Poesía... eres tú.—No podrá nunca el Papa componer oda en sáficos ó adónicos que equivalga á su manera de imponer las manos, de bendecir, de hablar, de andar y hasta de sonreirse. Poesía, sí, y de la más real y épica, era aquella doble hilera de gente arrodillada, trémula de emoción y alegría, y aquella ancianidad pacífica, augusta, superior á las miserias, á los pecados que perdonaba, abriendo como el pelicano su corazón de fuego para que entrásemos todos en él, dejando con el contacto de su mano una frescura celestial en las sienes y una gozosa humedad en las pupilas... ¡Ah! Después de sentir aquella diestra redentora que ata y desata en la tierra y en el cielo, yo sé de fijo que ninguno de los que estábamos allí pudo dudar de la bondad divina, ni dejó de lucir ante sus ojos, como aurora boreal, el dogma de la misericordia, de la caridad y del perdón...

.....
 La postdata que añadido á esta crónica algunos días después de escrita, pide á voces la anterior línea de puntos suspensivos.

Trátase de un cuento asaz chusco, inventado, sin duda, por el mismo corresponsal del *Fígavo*, que narró tan serio el gran peligro corrido por el *arzobispo* de Madrid al incendiarse con una colilla el vagón que ocupaba. Ha descubierto, pues, este noticiero fecundo que el Papa, durante la audiencia, conociendo, sin duda por el olor, á los curas de ideas carlistas, hubo de recomendarles que «amasen mucho á su Reina, elegida por Dios para darles la paz.» Séame el mismo Dios buen testigo de que no acuso á la prensa; yo entiendo que si una paparrucha corre y se propala, no es tanta culpa de los que escriben, que ya lo hacen con su por qué, cuanto de la benemérita candidez del público, que se lo traga todo como pan bendito. ¿Qué mucho, si hasta personajes legitimistas como el príncipe de Valory, que no en balde se me figuró á mí siempre un tanto sencillo, por no decir otra cosa, aceptaron la grilla y se dedicaron con gran formalidad á interpretar el alcance de frases que León XIII no ha pronunciado nunca, y que, digo más, no pronunciará tampoco?

Para que se vea la sinceridad con que hablo. Yo creo que León XIII (y ahora le considero únicamente como príncipe y dejo

á un lado todo aquello de la poesía y le quito por un minuto á su veneranda cabeza el nimbo de la santidad) sigue una política conciliadora, huye de radicalismos, se mantiene en excelente armonía con los poderes constituidos, y guarda exquisita neutralidad en ciertas cuestiones arduas. Creo que privadamente estimará mucho á la buena señora que ocupa el trono de España, y concedo más: la querrá con paternal afecto como á otras dos ó tres soberanas que también, además de ser unas excelentes damas, le muestran al Papa altísima consideración, y le dan incesantes pruebas de cordialidad y cariño. Todo esto es regular y natural, y por lo mismo que de ello se deduce la prudencia, el acierto y la diplomacia del gran Pontífice, debiera ser parte á que nadie le atribuyese intempestivas y pueriles declaraciones, ajenas á su discreción, mesura, apacibilísimo recato y claro talento.

Esta es la razón moral de que el Papa no soltase la arenga consabida. La razón natural, es que á menos que cada presbítero y párroco *carca* llevase un cartelito diciendo —«Beatísimo Padre, yo soy carlista»—maldito si sé cómo lo podía adivinar el Pontí-

ficé. Y la tercera razón de que sea una grilla el discurso atribuído al Papa, es que el Papa no lo dijo ni soñó en decirlo; y en verdad que si pongo delante esta razón, pude ahorrarme las demás.

UN CICERONE GRATIS.

ROMA 9 DE ENERO DE 1888.

Descrita ya la audiencia que el Padre Santo nos otorgó á los romeros, *paulo minoram canamus*; yo dedico estas páginas á la flor y espejo de los *cicerones* en Roma, al artista hasta los tuétanos, mi buen amigo Luis Llanos, del cual voy á escribir tales cosas, que necesitará echar mano de toda su incansable amabilidad para sufrir con paciencia la nube de viajeros ó *turistas* que se le vendrá encima, como moscas á la miel, cuando sepan la fuente de delicadas satisfacciones y de goces artísticos que es el trato de esta guía Baedeker encuadernada en paño gris é impresa en cuarto prolongado, —y dispéñseme la broma el monarca de la ciceronesca grey, puesto que él mismo da ejemplo burlándose siempre de su descomunal estatura.

Guía Baedeker he dicho, y me retracto,

porque las guías, aun las más completas, son tan sosas y pálidas, como animadas, vivas y personales las explicaciones de Llanos. Lo que hacen escribiendo Thierry, Michelet, Walter Scott, todos los autores que sienten correr el manantial oculto y ven en las tinieblas de la historia, lo realiza Llanos de palabra, ayudado por una imaginación de fuego y cera, una prodigiosa memoria, un conocimiento exactísimo de fechas y lugares y una felicidad de expresión que pone al alcance de todo el mundo la filosofía del arte y de la historia romana. Yo, que pecaré de todo excepto de desagradecida, siento por Llanos gratitud considerable, pues me ha iniciado en los misterios de todos los períodos de Roma, desde el etrusco, con sus rudas construcciones de *tufo* volcánico, hasta los esplendores del Renacimiento, eternizados en mármoles y bronce. Quince ó veinte gruesos volúmenes que leyese, sobre levantarme jaqueca, no me enseñarían lo que estas *paseggiate archeologiche* á través del Foro, el Palatino, los Museos y las Catacumbas. Por cierto que he tenido la satisfacción de ver tan interesadas como yo en las resurrecciones ó evocaciones artísticas de Llanos á dos

damas españolas muy distinguidas, lo cual nada tiene de particular, y entendidísimas, lo cual ya es más raro: la señora de Creus y la de Conde Luque. Al triunvirato que formábamos dió Llanos el nombre de las *tres ciegas*, pues las tres somos miopes, y á fuer de tales, encarnizadas y golosas en mirarlo todo y no perder detalle ninguno, preguntando más que el Catecismo, pero escuchando como en misa.

—Lástima que usted no sea un pedante —dije á Llanos el día en que nos obsequió con su entretenidísima conferencia sobre el Foro;—porque con poco pedante que usted fuese, vaya un pisto que podría darse, sabiendo lo que sabe así como el que no quiere la cosa. Cuatro términos retumbantes, unos anteojos de oro en lugar de esos quevedos, un estilo pesadísimo en vez de esos términos familiares y esas guasas chuscas, un cerrarse y esconderse á los profanos en igual de contarles estas curiosidades arqueológicas á señoras y niños, y ya vería usted cómo, oficiando de Don Hermógenes, le tenían á usted respeto más de cuatro alemanes. Del modo que usted se produce, las gentes se van á creer que todo lo que usted cuenta se aprende en media hora.

Y es que es verdad. Hay personas que tienen el don de ponerse á explicar la mayor tontería, la manera de freir un buñuelo, verbigracia, y convierten tan sencilla operación en un monte de dificultades, y aburren al auditorio, y nadie se entera de lo que se han propuesto decir; y hay otras que, al contrario, tocan puntos arduos, asuntos serios, y les prestan el movimiento, el atractivo y la picante gracia de una chismografía de actualidad. Trataré de indicar el procedimiento.

Represéntese la escena el pío lector: pasa en el área inmensa del Foro, entre rotas columnas, ruínas de basílicas y templos, fragmentos de mármoles, mutiladas estatuas, pluteales soberbios, aunque medio despedazados, airosos monolitos y arcos de triunfo. El cicerone está de pie, enarbolando el paraguas, único instrumento científico de que se vale, y las tres ciegas aprietan los párpados, guiñan los ojos, afianzan los quevedos en la nariz y aferran los gemelos de teatro, esperando la explicación, antes de la cual, hablando francamente, no entienden palabra de aquel laberinto de destrozados monumentos y cimentaciones complicadísimas que parecen cruzarse y confundirse.

—Atención—exclama el conferencista.—
¿Pero á dónde demonios están ustedes mirando? Si no es allí, es un poquito más allá... de esta parte. Y mucho cuidadito donde ponen los pies, que ese piso está horriblemente húmedo. Fíjense ustedes bien en la disposición de lo que era esto antes de que existiesen semejantes edificios. Las voy á trazar á ustedes el plano. (Dibuja con la contera del paraguas unos jeroglíficos sobre la mojada tierra.) Esto que señalo aquí, son las dos eminencias que separaba un pantano: aquélla, donde estaba Alba, y ésta, donde empezaba á fundarse Roma. En medio un charco, nada más que un charco, ¿comprenden ustedes? llamado el lago Curcio. Que por cierto lo desecó Tarquino para hacer la Cloaca Máxima... esa cloaquita que está sirviendo desde hace dos ó tres mil años; una alcantarilla, la cosa más vulgar del mundo, que sólo por ella, me resultan los romanos el pueblo más civilizado de cuantos Dios crió... Ya las llevaré á ustedes á que se asomen á la Cloaca, que sencillamente un asombro. Bien: figúrense ustedes las dos ciudades. Alba, una aristocracia cerrada y feroz: al que cogían m: lo trincaban y me lo hacían esclavo; derecho de ciudadanía, á

nadie; unas instituciones de echarse á temblar sólo con leerlas... Bueno; pues llega Rómulo, que debía de ser un mocito despabilado, y les planta en frente otro pueblo, pero donde se admite á todo el mundo, y todos son ciudadanos, y hay libertad y derecho. Y aquí empieza la función entre Alba y Roma. Ahí tienen ustedes á los romanos y á los sabinos mirándose de reojo desde las dos alturas del Palatino y el Capitolio. Pero como ven en medio esta extensioncita, aquí se reúnen y se tratan; esto es terreno neutral. Para eso servía entonces el Foro. Nada, que aquí donde estamos nacieron las instituciones romanas, porque sí, porque aquí tenían que nacer. Esta gente vivía, en cuanto al gobierno, en forma colectiva y pública. Ningún pueblo ha respirado mejor. Vuévanse. Miren el arco de Septimio Severo. Pues allí, allí existieron los célebres Comicios y allá la Curia. ¿Observan ustedes este sistema de escalinatas? ¡Qué bien representan la constitución de Roma! Abajo el pueblo, los nobles un poquitín más en alto, y el Senado encima, imponiéndose á tirios y troyanos. Anden ustedes un poquito... macho ojo con esas escaleras... ¡La mano! Eso es... Que ninguna ciega se me

desgracie, por Cristo... Aquí, acérquense ustedes aquí. ¿Ven este montón de piedras? Son... ¡poca cosa! Son los Rostros.

—¿La tribuna de los oradores?

—¿El sitio desde donde soltó Cicerón las Catilinas?

—¡Ah! ¿Es aquí donde estaban las proas de las naves cartaginesas?

—Caballito, señoras... ¿Ven ustedes? Aquí se colocaba el orador, todo descubierto, para que accionase con nobleza y no hiciese gestos ridículos... Desde aquí habló muchas veces César, y detrás ¡noten! había estos burladeros para poderse escabullir cuando la cosa acababa á capazos... A César, sus partidarios, que se colocaban por aquí, ¿se enteran ustedes? le protegieron mil veces la retirada para que no dejase la piel... Luego, como César era largo y no conocía las mañas de los Rostros, así y no fue subió á dictador los mudó de sitio diciendo que aquí no estaban bien, y con ese pretexto les quitó importancia y los dejó en segundo lugar. Claro, al Imperio no le hacía gracia la tribuna dichosa... y le dijo: ¡chitón! Hacia aquí... por este lado, aquí mismo, estaban las tiendas, y aquí cogió el tremebundo de Virginio, del mostrador de un

carnicero, el cuchillo para acogotar á su hija, después que el triunviro Apio le jugó aquella mala pasada... Miren ustedes los restos de la basílica de Catón. En las basílicas se reunían los romanos á vender, comprar, charlar y saber noticias: las basílicas eran algo así como el Mentidero, la Puerta del Sol y la Bolsa de Roma... Pues consideren ustedes este mogote que casi no representa nada en la historia del mundo. Es el famoso *ombliigo de Roma*, la miliaria áurea, el centro del mundo por unos cuantos siglos: de aquí partían todas las medidas de todo el universo... Miren ustedes este pluteal. ¿Ven ustedes ese arbolito esculpido ahí? Es el *ficus ruminal*, la higuera sagrada: á su sombra dicen que la loba amamantó á Rómulo y Remo; ese *ficus* vegetó muchos años en el Foro, y al venir el Imperio se puso mustio y se secó, con gran sentimiento de todos los romanos... El pastor que está al pie del *ficus* es el marido de la loba ó lupa, el *nodrizo* de los gemelos... Anden ustedes un poco más, que encontraremos el templo y el convento de las Vestales.

—Como quien dice, las Salesas Reales de Roma.

—Eso. Fíjese usted bien. Aquí estaba el área del templo de Vesta: esta escalinata y estas bases de columna son de él aún. Esto se ha descubierto hace muy poco: el Gobierno se gasta unos cuantos milloncesos en desenterrar la Roma antigua. Mire usted: al lado del templo—atención, unas gradas: no se me caiga ninguna de ustedes—tenían estas buenas señoras su conventito, que era una maravilla de lujo. Ahora estamos en el locutorio. Raspo un poco la tierra... ¿Ven ustedes el mosaico? ¿Ven los restos de los jaspes y pórfidos que lo revestían? Por este rincón anda el molino donde molían la harina para los sacrificios. Aquí está la piedra. Pues ahora van ustedes á ver lo que habían discurrido las pícaras de las monjitas para cuidarse. Entren ustedes en esta habitación. Observen el suelo. Como este sitio era muy húmedo, porque todo el Foro fué y será un pantano, imagínense ustedes que se les ocurrió: rellenan las fundaciones con ánforas de barro...—ahí las ven ustedes,—y luego ponen el pavimento encima. Que les echasen reuma á las Salesas romanas. Vean ustedes: por ahí arriba tenían sus habitaciones; vivían en el piso segundo. Y aquí tenemos arrimadas al muro las esta-

tuas de las Vestales más notables... Son retratos fieles, porque ya saben ustedes que la escultura romana retrata; no busca el ideal, como la griega.

En efecto, hasta una docena de blancas estatuas, envueltas en graciosos y cándidos paños, muy castos y finos, con algo de monástico en la pudicicia del traje y en la disposición del velo que les ciñe la cabeza, yacen pegadas á la pared. Recuerdan la Doña Inés del *Tenorio*: son religiosas de hoy, de nuestros días. Empezamos á examinarlas, con el interés que les presta el saber que estas mujeres de mármol vivieron.

—Esta era guapa... ¡Qué manos tenía tan lindas! Y qué joven... ¡Ay, ésta qué fea y qué vieja! En cambio, la que sigue... ¡vaya una buena moza! ¡Qué bien le caen los hábitos!

—Oigan ustedes... Por aquí estaba la Suburra, un barrio empecatado, lo peor de Roma; y tan cerquita de las Vestales... por más señas que en él vivía César; vamos, tampoco era la mejor vecindad para estas señoritas... ¿No les parece á ustedes?

—¡Bastante mala!—respondimos todas á coro.—Y como al fin estas monjas paganas sólo hacían votos por diez y ocho años, y

entraban y salían y eran algo andariegas... ¡vaya usted á saber! De modo que Julio César...

Al extinguirse las risas, pensé para mi sayo: ¿puede haber mejor prueba de la vida que posee esta explicación histórica? ¿Pues no estamos despellejando á las Vestales y á César lo mismo que si fuesen contemporáneos nuestros?